



El Padre Bruno

historias y testimonios



Padre Bruno Ierullo
1943 - 2015

El Padre Bruno Ierullo creó en 1979 el Grupo Papuchos, formado por padres de alumnos y exalumnos del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, para vivir un encuentro semanal compartiendo la cena y estar al servicio de lo que el Colegio necesite, creando proyectos solidarios y brindando espacios para crear comunidad.

Hoy, a 10 años de su partida, queremos seguir transitando el camino que nos legó y recordamos su vida, gracias a los testimonios generosos de aquellos que lo conocieron y compartieron su trabajo en distintas etapas de sus 46 años de sacerdocio.

Agradecemos de corazón a quienes nos contaron sus historias e invitamos a todos a regalarnos más testimonios ingresando a la web:

www.padrebruno.com.ar

Bruno es nuestro guía y deseamos que estas páginas sirvan de humilde homenaje.

Gabriel Campero
Grupo Papuchos

Rosario, junio de 2025

Este libro trata sobre la vida de un hombre.

Un hombre al que Dios eligió para llevar una vida sacerdotal puesta al servicio de los demás. Un hombre que respondió a su llamado con un "sí" profundo y generoso, y a partir de allí donó todos sus talentos para llevar el Evangelio, con la palabra y con el cuerpo, donde fuese necesario, con la humildad y la sencillez como único equipaje.

Como hombre, también fue frágil y como todo ser humano fue querido y admirado por muchos, pero no por todos.

En su vida también soportó el dolor de ser rechazado, pero en su corazón siempre estuvo presente la certeza de seguir sirviendo a todos.

Indice

Una biografía	
<i>Construyamos juntos su biografía</i>	7
La "Casa del Niño", el primer gran sueño de Bruno	
<i>P. Francisco "Paco" Daleoso</i>	11
El P. Bruno, discípulo-misionero de Bétharram	
<i>P. Gaspar Fernández Pérez, scj</i>	16
Su última homilía	
<i>P. Daniel González, scj</i>	20
La misión pastoral y la misión educativa	
<i>P. Sergio Gouarnalusse, scj</i>	22
El P. Bruno y su papel en la educación argentina	
<i>Marta Grondona de Campero</i>	25
El cura del encuentro	
<i>Silvana y Andrés Elizalde</i>	28
Cuando Bruno se enojaba	
<i>Hernán Botta</i>	31
La anécdota de la "Pleiyon"	
<i>Marcelo Ganna</i>	34
"Vamos a Once"	
<i>Carmela de Carlo</i>	36
Los pibes y el ascensor	
<i>Raúl Rodríguez</i>	38

Mis vivencias compartidas	
<i>Ma. Lourdes Ventura de Navone</i>	40
“El gol del siglo”	
<i>Flavio Giacomino</i>	43
La sorpresa de Calamuchita	
<i>Gustavo Díaz</i>	45
Cosas que pasan en una Misión	
<i>Marcelo Ganna</i>	47
La sencillez de Bruno	
<i>Daniela Brozzo</i>	49
El empuje de Bruno	
<i>Noemí Alicia Ponte</i>	51
Bruno en los momentos de dolor	
<i>Mauro Necchi</i>	52
Los campamentos en Bariloche	
<i>Norberto Andaluz</i>	54
Bruno y Papá Noel	
<i>Marina Ricart</i>	57
Problemas en Calamuchita	
<i>Luis Moreno</i>	59

Una biografía

El Padre Bruno Ierullo nació en Vallelonga, Calabria, Italia, el 21 de marzo de 1943. A los 11 años emigró hacia América con su familia: padre, madre y cinco hermanos. Llegaron a Argentina, se instalaron en el partido de Avellaneda, provincia de Buenos Aires, y desde niño ayudó a sus padres en modestas tareas, como vendedor de verdura en el Mercado y lustrando botas en la calle. Se interesó en la formación cristiana y religiosa e ingresó al Apostolicado Betharramita de Barracas con 13 años. Con el tiempo fue madurando su vocación: hizo el noviciado y el seminario mayor en Villa Betharram de Adrogué. Estudió en Rafael Calzada con los padres del Verbo Divino y se recibió de Profesor de Filosofía y posteriormente de Teología.

Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1969 en la capilla de Villa Betharram, ubicada en la Casa de Formación Betharramita, en Adrogué, siendo esa su primera comunidad, en donde inició su servicio sacerdotal, recorriendo los barrios populares.

En los años 70 fue catequista y asesor espiritual en el Colegio San José de Buenos Aires. En 1971 fue nombrado por el Superior Provincial, P. Enrique Urani,

como animador juvenil de la Provincia junto al P. Francisco Daleoso. Ellos, junto a un grupo de jóvenes, novios y matrimonios fundaron en 1973, en los terrenos de la Casa de Formación, la Casa del Niño “Nuestra Señora de Betharram”, un espacio para recibir a los hijos de las familias del barrio mientras los padres estaban en sus trabajos.

Llegado el año 1978 se lo destinó al Colegio Sagrado Corazón de Rosario como Rector del Secundario, impulsando fuertemente el trabajo de los padres, creando el Grupo "Papuchos", activando la Unión de Padres de Familia y construyendo la Casa del Encuentro en la localidad de Santa Rosa de Calamuchita, en la provincia de Córdoba. Durante esos años formó parte del Consejo Presbiteral de la Arquidiócesis de Rosario y del Consejo de Rectores de Colegios Católicos de esa ciudad. Desde 1984 a 1988 participó en Rosario de las ponencias y debates del Congreso Pedagógico Nacional, y fue nombrado Representante por la provincia de Santa Fe para redactar el documento final.

En 1991 dejó Rosario y fue asignado como Superior Provincial de la Congregación Betharramita de la Provincia del Río de la Plata (Argentina y Uruguay), función que desempeñó por dos mandatos hasta fines del año 1998, mientras era Director General del Colegio San José de Buenos Aires. En 1999 fue nombrado

Consejero General y Coordinador para América Latina de su Congregación, permaneciendo en Buenos Aires como Responsable Pastoral en los Colegios Sagrado Corazón y San Miguel Garicoits de la localidad de Martín Coronado.

En 2001 regresó a Rosario como religioso Responsable Pastoral en los colegios de esa ciudad. La Congregación fue dejando en manos de laicos la Dirección General de los Colegios y unos años más tarde Bruno se trasladó a Buenos Aires y desde allí se sumó a los demás religiosos coordinando el trabajo pastoral de todos los colegios y parroquias que atendían los betharramitas en Argentina, Uruguay y Paraguay, viajando a los distintos lugares que necesitaban algún servicio específico como la administración de los sacramentos, retiros espirituales, encuentros o campamentos.

En el Capítulo General de la Congregación del año 2005 el P. Bruno fue elegido de nuevo Consejero General para la Misión y participó de la comisión para revisar y actualizar la Regla de Vida de la Congregación que fue presentada en el Capítulo de 2011 y aprobada por la Santa Sede al año siguiente.

Luego de sobrellevar una enfermedad durante algunos años, el P. Bruno Ierullo falleció en Buenos Aires el 2 de Junio de 2015, a la edad de 72 años.

Si tienes algún dato para
ampliar o corregir esta
biografía, te agradecemos te
contactes al mail:

historias@padrebruno.com.ar

La "Casa del Niño", el primer gran sueño de Bruno

por el P. Francisco "Paco" Daleoso, scj. (*)

La primera comunidad de Bruno fue la Casa de Formación Betharramita, ubicada en Adrogué, provincia de Buenos Aires, donde inició su servicio sacerdotal en 1969.

En esos primeros años, junto al P. Francisco "Paco" Daleoso, daba clases de catequesis en los Colegios de la Congregación: el "San José" de Buenos Aires, el "San José" de La Plata y el "Sagrado Corazón" de Barracas, para lo cual tenía que hacer interminables viajes en trenes y colectivos, siempre repletos de gente, a las 6 de la mañana, con pasajeros colgados del vagón y de las puertas.

"Los viajes a Buenos Aires los hacíamos en tren a eso de las 6 de la mañana, de Adrogué a Constitución, unos 35, 40 minutos. Aún no estaban los eléctricos. Iban repletos, con las puertas abiertas y pasajeros agarrados que quedaban colgados afuera del vagón... Alguna vez tuvimos que bajarnos en la estación anterior por el frío,

nos caíamos! En Plaza Constitución – durante la dictadura – nos esperaban muchas veces policías con perros, que nos palpaban de armas y bultos sospechosos. Los colectivos a esa hora iban también repletos, con los pasajeros, colgados!”

Bruno y “Paco”, como animadores juveniles de la Provincia, tenían a su cargo la organización de encuentros juveniles, jornadas, retiros espirituales para jóvenes y matrimonios, poniendo a disposición de la Pastoral todas las instalaciones de la Casa de Formación, que hasta fines de 1970 estaban vacías.

En las clases de catequesis, Bruno convocó a sus alumnos de los cursos superiores del secundario a realizar una experiencia de misión en Adrogué para visitar y acompañar a la gente más necesitada del barrio. Eran los días sábados, y los chicos se acercaban a los hogares, compartían un momento con las familias, daban catequesis a los niños, les llevaban regalos, organizaban juegos y estaban atentos a las necesidades que surgían. Allí se encontraron con una realidad, las madres no podían salir a trabajar porque no tenían dónde dejar a sus hijos cerca de la zona. Así fue madurando en la mente y el corazón de Bruno la idea de crear un espacio, una casa, para brindar contención a esos niños de las familias que seguían poblando los barrios de alrededor.

La idea se hizo realidad el 19 de marzo de 1973. En los terrenos de la Casa de Formación, abrió sus puertas la Casa del Niño “Nuestra Señora de Betharram”, el primer gran sueño y la primera gran obra del P. Bruno, quien explicaba una y mil veces que no era una guardería sino una casa, donde se ofrecía una acogida cordial a las familias más pobres, brindando contención, alimentación, desarrollo pedagógico y servicios médicos.

“Se necesitó gente dispuesta y apareció. La dirección y animación fue organizada con voluntarios, que brindaban su tiempo y sus dones. Se contrataron dos guardadoras, que al principio se les pagaba con nuestros propios sueldos de catequistas del P. Bruno y el mío, pero no era suficiente. De modo que la creatividad de Bruno fue encarando diversos modos para conseguir el dinero para los sueldos, los alimentos, los útiles necesarios para las clases, los talleres y todas las actividades que se ofrecían. Además de pedir ayuda y donaciones surgieron kermeses, festivales, rifas, choripaneadas, fiestas, todo se fue organizando y cada mes se juntaban los fondos necesarios para cubrir los gastos de la Casa”.

No olvidemos que eran tiempos difíciles en el país, donde había que soportar controles policiales y militares en las calles y en las plazas y hasta esconder algunos libros para evitar sospechas. Pero la Providencia acompañó a Bruno en esos momentos y

nunca tuvo problemas, no más que la angustia cuando revisaban los bolsos y mochilas de los chicos y maestros en la misión en el barrio.

“El P. Bruno asoció a su familia a todas estas tareas. Fue una de sus características en su pastoral: la familia de sangre (la madre, las hermanas María y Antonia con sus familias, los hermanos Pablo, Pascual Vicente con sus familias...) todos, con numerosos amigos de Adrogué y del Colegio San José aunaban esfuerzos para organizar lo que surgía y poner el hombro en armonía colectiva”.

Así, la comunidad siempre estaba al lado de Bruno, palmo a palmo, siempre confiando en su proyecto, que cada uno lo hacía propio.

En 1978 el P. Bruno fue enviado al Colegio Sagrado Corazón de Rosario, y la comunidad religiosa de Adrogué se hizo cargo de la Casa del Niño. Allí estaban el P. Juan Carlos Ramírez, superior y maestro de escolásticos, el P. Ignacio Gogorza, maestro de novicios, y unos 20 seminaristas entre postulantes, novicios y escolásticos. Ellos se organizaron junto a todos los voluntarios en lo que durante años se llamó “Asociación Amigos de Betharram”, que de diversas maneras se ocupó de conseguir los medios económicos para la marcha de la Casa. Si algo faltaba, cada Superior Provincial de la Congregación que se elegía se comprometía a compensar.

Desde 1986 se cuenta con un subsidio del Estado, que ayudó y sigue ayudando a sostenerla, aunque no es suficiente, y la Congregación sigue cubriendo lo que falta.

"En 2016, en el primer aniversario de su Pascua, unos cuantos de sus antiguos amigos de Betharram rindieron un homenaje al P. Bruno celebrando una misa y entronizando una foto en la "Casa del Niño", su Obra preferida".

Lo que soñó Bruno en los inicios de su sacerdocio sigue siendo una realidad gracias al trabajo generoso de muchas personas que se comprometieron a seguir su huella durante todos estos años. La Casa del Niño pudo atravesar, no sin dificultades, la experiencia de la pandemia COVID-19 de 2020 y hoy está más viva que nunca. Perduró a través de los años tratando de dar respuestas a necesidades concretas. Para eso la creó Bruno y para eso vive también hoy.

(*) el Padre Francisco "Paco" Daleoso fue el compañero de ruta en los primeros años de sacerdocio del Padre Bruno

El P. Bruno, discípulo-misionero de Betharram

por el P. Gaspar Fernández Pérez, scj ()*

Conocí al P. Bruno en 1980 cuando, enviado por la Congregación, llegué al Colegio San José de Buenos Aires, donde trabajé en la catequesis y en la pastoral. En noviembre de ese año fui ordenado sacerdote, en ese momento el P. Bruno era Director del Sagrado de Rosario.

Pronto con el P. Paco, con el P. Bruno y el P. Enrique Miranda organizamos diferentes actividades para los jóvenes a nivel Provincial: la misión, primero en Santiago y después en Catamarca, la experiencia de Calamuchita, el Camjumita, donde celebrábamos “el día de la primavera” con los jóvenes betharramitas, que casi siempre lo hacíamos en Rosario, porque Bruno era muy eficiente para organizar con padres, exalumnos y “papuchos” del Colegio la infraestructura y la comida en el campo de deportes del Colegio. Cómo olvidar la actividad de Bruno en esas experiencias, implicando a todos y limitando sus horas de sueño.

El P. Bruno era el presidente de la Comisión de Educación y tuve la dicha de colaborar con él y con otros religiosos y laicos en la elaboración del “Ideario Betharramita”, instrumento que recogía los fundamentos doctrinales, humanos, cristianos y pedagógicos de todos los colegios de la Congregación en Argentina y Uruguay. A partir de ahí, se siguió la reflexión con los cargos directivos y los catequistas en dos jornadas especiales durante el año escolar, que posteriormente se concretó en una reunión anual antes de empezar el año, primero en Calamuchita y posteriormente en Pilar. Colaboramos mucho en implicar a los laicos en Cargos directivos y de representación legal.

El Superior General de la Congregación nombró al P. Bruno como Superior Provincial de Argentina y Paraguay. Yo participé en su consejo y el P. Bruno se implicó como él sabía en dar continuidad a todos los proyectos que había en la Provincia, sobre todo a la Pastoral educativa y a la misión de Catamarca. El P. Enrique Miranda lo reemplazó como Superior y Director del Sagrado de Rosario. En el Capítulo general de 1999, el P. Bruno fue elegido consejero del superior general y coordinador de América Latina dando continuidad a las actividades comunes, animadas primero por el P. José Mirande y yo mismo. Se organizaban encuentros con participantes de las tres provincias de Brasil, Paraguay y Argentina-Uruguay:

los ELAB (Encuentros Latinoamericanos de Betharramitas), encuentros de formadores, jóvenes seminaristas, docentes, párrocos, superiores, laicos y los participantes de la misión conjunta de Bolivia.

En el Capítulo general de 2005, yo fui elegido Superior General y el P. Bruno fue elegido de nuevo Consejero general para la Misión. La experiencia que habíamos tenido en la coordinación de América Latina fue una de las experiencias, junto con la reducción cada vez mayor de los religiosos en la Congregación, que llevó en ese Capítulo General a la decisión de organizar la Congregación en Regiones a partir del Consejo de Congregación en Bangalore (India), en 2007. El 1º de enero de 2009 empezaron a funcionar las tres regiones: San Miguel Garicoits, con los vicariatos de Francia, Italia, Tierra Santa, Costa de Marfil y Africa Central; la Región Padre Augusto Etchecopar, con los vicariatos de Argentina-Uruguay, Paraguay y Brasil; y la Región Santa Maria de Jesús Crucificado, con los vicariatos de Inglaterra, Tailandia e India.

Esta nueva organización de la Congregación en Regiones y Vicariatos nos pedía revisar la Regla de Vida de la Congregación. Después del Capítulo de 2005, el P. Bruno se incorporó a la comisión encargada de ese trabajo de revisión en representación del Consejo General. Esta Comisión aprovechó para actualizar el vocabulario de la Regla de Vida, incorporando la reflexión sobre la vida religiosa después del Concilio

Vaticano II y la nueva organización de la Congregación en Regiones y vicariatos. La nueva Regla de Vida, redactada por esta comisión en la que participó el P. Bruno, fue votada en el Capítulo General de 2011 que celebramos en nuestra casa de Belén y del que también participó el P. Bruno. La Santa Sede aprobó el nuevo texto de la Regla de Vida en 2012.

Para mí ha sido una gracia de Dios trabajar con Bruno en la pastoral educativa y pastoral juvenil en Argentina haciendo el camino hacia la responsabilización de los laicos en la dirección de los distintos colegios de la Congregación. En el Consejo Provincial de Argentina, animando la vida religiosa de las comunidades y de la pastoral de las mismas, en la coordinación de las tres provincias de Argentina-Uruguay y Brasil; en el Consejo General en los años en que se decidían cambios importantes para la Congregación. La palabra de Bruno era siempre importante y tomada en cuenta por su realismo y pasión, así como por el amor hacia la Congregación que siempre manifestó.

(* el P. Gaspar Fernández Pérez fue Superior General de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús de Betharram

Su última homilía

por el P. Daniel González, scj ()*

Bruno vivió para los demás, no vivió para estar en una tribuna o en un podio. Todo lo que hacía era muy genuino, siempre con el corazón en la mano y pensando en el otro.

Sus últimos meses los compartió con la Comunidad Betharramita en la ciudad de Buenos Aires, cuando ya estaba bastante avanzada su enfermedad. Desde el primer momento la asumió y la vivió con dignidad, como un verdadero hombre de Dios. Lo vivió con mucha aceptación, con mucha nobleza, y eso certificó toda su vida.

En ese tiempo se realizó allí, como todos los años, el Encuentro del Consejo Regional de la Congregación, con la presencia de sacerdotes de Paraguay, Brasil y Argentina. A Bruno le gustaba estar y compartir los encuentros, pero esa vez ya no participaba activamente de las reuniones sino que se acercaba en los momentos libres y charlaba o se sentaba en los debates, pero sólo escuchando. El último día de encuentro se celebró la Misa de cierre y Bruno estaba ahí. Luego de la lectura del evangelio, como todo ese día estuvimos con

reuniones y charlas, el celebrante reemplazó la homilía con unos minutos para meditar en silencio.

En ese momento Bruno se levantó de su silla, se acercó al altar con una determinación que conmovió a todos y dijo “¿me permiten decir unas palabras?”. Los sacerdotes nos miramos, pensando en cuánto iba a durar el sermón y cómo lo iba a decir, porque él era “larguero” en sus mensajes y estaba con alguna dificultad para hablar. Bruno sacó un papelito de su bolsillo, él sabía de su problema y no se largó a hablar así nomás, pudo anotar antes lo que quería decir. Miró el papel, tomó aire y dijo: “den gracias a la vida y no se olviden de vivir”.

Seguramente esa fue su última homilía, y que él diga eso y en ese momento de su vida y de su enfermedad fue una síntesis y un mensaje muy fuerte para todos esos religiosos que lo escuchaban. Fue un mensaje que, en su simplicidad, contenía la esencia de su legado. Su espíritu seguía brillando y regaló un gesto imborrable de alguien que ha vivido tanto y se empezaba a despedir recordando la belleza de la vida, incluso en los momentos más difíciles.

(* el P. Daniel Gonzalez fue Superior Regional de la Congregación Betharramita en la Región “P. Augusto Etchecopar”

La misión pastoral y la misión educativa

por el P. Sergio Gouarnalusse, scj ()*

Mi experiencia más fuerte con el padre Bruno siempre ha sido a través del trabajo de la misión, compartimos comunidad durante mucho tiempo. Recuerdo el primer año que viví con él en Rosario, quizás fue un poco duro para mí, venía de tener un año y medio que estaba un poco en crisis y teníamos algunos choques con Bruno. Pero después de eso, todo se solucionó y gracias a esa experiencia lo aprendí a querer mucho a Bruno, al punto que me marcó profundamente. Yo sentía que algunas cosas que me chocaban a mí, son cosas que tuvimos parecidas con él. Nos quisimos mucho, era muy cercano, muy de estar presente. Te acompañaba todo el tiempo, no te dejaba solo.

En la misión, él era como San Miguel, siempre estaba haciendo cosas. Los que lo conocieron saben que era el cocinero, el que limpiaba, el que subía y bajaba las cosas de micro, el que acomodaba, el que organizaba las tareas, el que se ocupaba que todo y estaba atento a

todo. Siempre me llamó la atención que llegaba a una misión y enseguida se aprendía los nombres de los chicos, por ejemplo. Y sin olvidar su momento de oración diario.

Bruno como sacerdote no fue formador de seminaristas, le gustaba el tema de la misión, la de servicio y la educativa, y realmente su trabajo marcó un antes y un después en la vida de la Congregación.

En su momento fue Superior Provincial y después Consejero provincial, atendiendo las comunidades de Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil. En ese tiempo cambió mucho el estilo de las misiones, que habían empezado en Santiago del Estero y en Catamarca con un grupo muy pequeño de chicos de Martín Coronado, de donde soy yo, justamente.

Bruno abrió la misión y la fue convirtiendo en una experiencia más general, intentando que sea expresión de la vida de todas las comunidades de Argentina y Uruguay. Entonces le cambió mucho a la dinámica y apoyó el tema de la misión permanente con laicos. Logró una renovación bastante grande en todo ese tema, la misión pasó de ser una simple visita de verano a trabajar en una fuerte inserción en la parroquia donde se ayudaba, y con todas nuestras comunidades, motivándolas e involucrándolas cada vez más, organizando algunas misiones esporádicas durante el

año, invitando siempre a otros religiosos a compartir la experiencia. Fueron surgiendo nuevos misioneros, primero desde el Colegio San José de Bs. As., de Rosario y después se fueron sumando de otras comunidades.

La renovación también la hizo en la misión educativa, sumando a los laicos como directores generales de los Colegios, como representantes legales, compartiendo y enseñando el espíritu betharramita a todas las comunidades: a los directivos, a los docentes y a las familias. Durante su periodo de Provincial, impulsó todo ese trabajo de identidad hacia las comunidades cuando los religiosos de la Congregación iban dejando los puestos de dirección.

Lo quise mucho a Bruno. Mucho.

Mi oración por su alma.

(* el P. Sergio Gouarnalusse es Vicario Regional del Vicariato de Argentina y Uruguay

El P. Bruno y su papel en la educación argentina

por la Prof. Marta Grondona de Campero (*)

El querido Padre Bruno recién llega a la ciudad de Rosario cuando es nombrado Rector del Colegio Sagrado Corazón, en 1978. En su calidad de tal, en poco tiempo es llamado a integrar la Comisión Directiva del Consejo de Rectores de la Provincia de Santa Fe, con sede en Rosario, que nucleaba a los rectores y directores de las escuelas privadas de la Provincia, confesionales y laicas. Se caracterizó por ser un grupo convocante para sostener una formación y capacitación continua de los directivos responsables de la educación en Santa Fe. Llevaba constituido mucho tiempo y llegó a estar en actividad casi 20 años, Bruno fue muy respetado y reconocido entre sus colegas, ya que varias veces ejerció el cargo de Presidente del mismo.

Durante el año 1980 se realizó en nuestro país el Censo Nacional de Población donde se ratificó el elevado índice de analfabetos que todavía se ostentaba, de allí que en 1983 se lanza el Plan Nacional de Alfabetización, puntapié para restablecer la idea de concretar, y así se hizo en los inicios del gobierno democrático, el Segundo Congreso Pedagógico Nacional.

Llegó así el momento para que los diversos sectores de la sociedad pusieran en marcha un ámbito de discusión nacional para modernizar nuestro sistema educativo y contar con una ley orgánica de educación, cimiento de toda reforma educativa.

Y fue entonces donde nuevamente surge en nuestra ciudad la figura del Padre Bruno que encabeza junto a sus colegas del Consejo de Rectores la convocatoria a alumnos, padres, docentes, directivos, representantes legales, profesionales de la educación y especialistas, para capacitarse, actualizarse e integrar las asambleas locales, regionales y provinciales para dar cuerpo a esa ley orgánica de educación que materializara una educación pública de gestión privada. Fue un momento único para sostener la libertad de enseñanza en el país. Y Bruno fue más allá, puso a disposición de todos las instalaciones y la infraestructura de su querido Colegio Sagrado Corazón, como también lo hicieron muchas otras instituciones siguiendo su ejemplo de convocatoria libre y genuina. No hubo población santafesina que quedara al margen, fueron años inolvidables de lucha y de aprendizaje continuo.

El P. Bruno fue nombrado representante por la provincia de Santa Fe en la Asamblea Nacional, realizada en Embalse de Río Tercero, en febrero y marzo de 1988, donde se redactó un Informe Final que sirvió de base para debatir y sancionar la Ley Federal de Educación en abril de 1993.

La Iglesia fue la gran protagonista de ese Congreso Pedagógico Nacional, prevaleció en la mayoría de las asambleas y logró la aprobación de muchos de los principios que defendió. Fueron dos años de intenso trabajo que en la ciudad de Rosario lo lideró el P. Bruno, que supo motivar, atraer y reunir a la gente idónea en el tema. Él puso en movimiento una militancia activa para alentar, estudiar, sostener y defender las ideas de transformación que el sistema educativo necesitaba.

Su desempeño como líder nato, con su capacidad para convocar a todos por igual, su apertura al diálogo, sus conocimientos que siempre actualizaba, su sueño de transformar la educación para alcanzar mejores logros en el futuro. Bruno ha quedado en las mentes y en las manos de todo dirigente educativo que compartió su camino en esta ciudad y provincia. Él presidía la mesa de trabajo y decía “A ver hoy, ¿qué hacemos?”.

Respondamos hoy nosotros, en nuestro trabajo diario, con el mismo brillo de sus ojos cuando estaba embalado en una idea y con la sonrisa en sus labios, que nunca le faltaba. Gracias Padre Bruno por tu vida hecho testimonio y por tu testimonio que dio vida a la educación argentina.

(* la Prof. Marta Grondona de Campero fue rectora del Profesorado "Ntra. Sra. del Huerto" de Rosario entre los años 1975 y 2010.

El cura del encuentro

por Silvana y Andrés Elizalde (*)

En los años 1986 y 1987, en el Colegio Sagrado Corazón de Rosario se empezó a organizar el grupo de la Juventud Betharramita, la “JUBE”. Como era un colegio de varones, necesitaban chicas. Bruno atendía pastoralmente a dos colegios de mujeres de la ciudad, Maria Auxiliadora y Madre Cabrini, y empezó a invitar a las alumnas a las reuniones los sábados a la tarde en el Sagrado. Allí nos sumamos y a lo que primero que se nos invita es a compartir el viaje de egresados de séptimo grado que se hacía en Bariloche, en Villa Mascardi. Igualmente no fue fácil la presentación, cómo olvidar a Bruno, saliendo por la ventana de la “Sala de Copas” que daba al patio donde estaban los chicos reunidos jugando y les dice “Miren que al viaje de Mascardi vienen también un grupo de chicas!”. Al principio no les gustó nada, estaban acostumbrados a estar entre ellos, así que tuvo que lidiar con su grupo de varones, pero se armó el viaje y viajamos para allá como líderes de los más chicos, coordinando los grupos, las actividades, la cocina, el armado de carpas, todo. Fue un hermoso viaje y como siempre, Bruno acompañado por San Miguel y por la Virgen, llevar 90 chicos a la montaña como íbamos y que todo salga bien era obra de Dios, eso nunca lo dudamos.

A partir de ahí se arma el grupo de la JUBE, nos juntábamos los sábados, tipo cinco de la tarde en los salones del Sagrado, usando los patios y se compartía alguna problemática, se charlaba, se cantaba y se preparaba la misa que celebrábamos a las siete y cuarto en la Capilla. Obviamente después se organizaban las salidas, a algún bar o a alguna fiesta, eso nunca faltaba. Pero siempre generando lazos, encuentros, comunidad, una constante en la labor de Bruno. Organizábamos bailes para recaudar fondos para los viajes, en la congregación lo cargaban por eso, decían que Bruno practicaba la “pastoral de la milonga”.

Nosotros volvimos al Sagrado años más tarde, cuando entra al Nivel Inicial nuestra hija mayor. El colegio ya venía organizado el tema de las delegadas por curso, las fiestas y eventos masivos, la invitación a las familias a participar de las actividades, no es una escuela de puertas cerradas. El alumno que ingresa no es solamente un apellido o un número en una lista. Es una familia la que estaba iniciando un camino y a la que se da la bienvenida y eso lo inculcaba Bruno. Son detalles de una institución donde trasciende lo académico y tiene una impronta muy particular.

Fue un hermoso pasar por el Colegio como padres, con un gran camino recorrido, hasta que en el año 2013 el Padre Bruno nos propone ser presidentes de la Unión de Padres de Familia, y convocamos para la tarea a

algunos matrimonios que conocíamos y sabíamos cómo trabajaban. Siempre había convocatorias, hubo años en que todos los meses había un encuentro, la idea era que los chicos pudieran estar un domingo en familia compartiendo un loco, un arroz con pollo, una pollada, lo que fuera pero en su patio, en su Colegio, uniendo a las familias y construyendo comunidad, que es para lo que trabajaba el Padre Bruno. Con el esfuerzo de muchos que ponen el cuerpo, ponen el tiempo y que piensan que este trabajo vale la pena hacerlo. Y como él lo nos enseñó: siempre en movimiento, haciendo cosas, probando, aprendiendo sobre la marcha y mejorando, como el dicho “los melones se acomodan en el camino”.

La mejor manera de recordar a Bruno es continuar su camino, hacer que toda la comunidad del Colegio se siga encontrando. Nuestra última hija se graduará y nuestro lugar estará ocupado por otros padres, a nosotros nos toca dejar esta semilla, formar a los que están viniendo atrás para que esto continúe. Porque se van familias, vienen otras, y este trabajo tan valioso tiene que continuar, debe ser una cadena para que la impronta del Colegio Sagrado Corazón no se apague ni se pierda la memoria de nuestro gran amigo Bruno.

(*) Silvana y Andrés Elizalde son presidentes de la Unión de Padres de Familia del Colegio Sagrado Corazón de Rosario desde 2013

Cuando Bruno se enojaba

por Hernán Botta ()*

La orden, dicha de modo inapelable, sonó tajante: “te bajás del colectivo, buscás tu equipaje, y te vas a tu casa... a este viaje a Calamuchita no venís... cuando el tiempo pase y seas grande vas a entenderme y vas a valorar esta decisión”.

El viaje a Calamuchita representaba un hito cada año, era el momento más esperado por todos. Cuatro días para compartir entre amigos en ese entorno maravilloso. Solo quien fue al Sagrado Corazón sabe lo que significa. Y ese año lo esperábamos especialmente.

Como era costumbre antes de cada viaje, ya cargados los equipajes en las bodegas de los dos colectivos, los alumnos y sus padres se reunían en los salones de Planta Baja del Colegio sobre calle Dorrego para la charla con las instrucciones previas. Juan (nombre elegido para el relato, no coincide con el del protagonista de la historia) en lo que en ese momento se entendía como una travesura, en el tumulto del ingreso al aula dejó caer al piso una de esas ampollas

que contenían líquido con olor desagradable, que se conocían como “bombitas de olor”.

Lo que siguió es fácil de imaginar... los gritos, la estampida de todos alejándose, el desborde, el enojo de las autoridades del Colegio, el pedido de individualización del responsable, el retraso en la partida.

Ya arriba del ómnibus, y luego de la “confesión” de Juan, el Padre Bruno le pidió que se baje, retire el equipaje y vuelva a su casa. Como consecuencia de lo que hizo no viajaría. Disculpas públicas, pedidos de reconsideración hasta volverse súplicas, ruegos, lágrimas, no fueron suficientes. Bruno esa noche se mostró inflexible mediante las palabras que inician este relato.

Minutos después, más de ochenta alumnos de 6° grado partíamos a Calamuchita... uno se quedó en Rosario, volviendo a su casa con sus padres, bolso en mano.

Recuerdo ese momento como angustiante y siento vívida aún hoy la impotencia al ver por la ventanilla del colectivo a Juan caminando cabizbajo junto a sus padres, impedido de viajar con nosotros. ¿Castigo excesivo? ¿Sanción ejemplificadora? ¿Postura inflexible? En ese momento no lo entendí, me pareció injusto.

Pasaron más de cuarenta años de ese hecho.

Pasé muchos años en el Colegio, donde también trabajó mi madre, y al que luego irían mis hijos... podría haber elegido otra historia u otra anécdota del Padre Bruno, una más simpática o que lo muestre en otra actitud para ilustrar su inolvidable presencia y su inmenso legado: los viajes, la enseñanza sacramental y humana, la palabra esclarecedora, la voluntad inquebrantable, las caminatas, sus homilías, en fin, tanto.

Pero elegí esta, que revela a un Bruno estricto, pero humano al fin, siempre atento a los valores en la formación de las personas.

Entre las muchas cosas que destaco del Sagrado Corazón están los valores que inculca. La solidaridad, la amistad, el valor de compartir, el respeto, la disciplina, la convivencia, la humildad, el sentido de pertenencia.

Esa noche no entendí al Padre Bruno, pero con los años sí, y agradezco que con esos ejemplos haya sembrado en nosotros esos valores, indispensables para transitar la vida por la vereda de los hombres de bien.

(*) El Dr. Hernán Botta es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 1989.

La anécdota de la “Pleiyon”

por Marcelo Ganna (*)

Muchas anécdotas con Bruno fueron realmente muy divertidas. Una familia donó para una de las misiones a Santiago del Estero una consola “Play Station”, con algunos juegos y un volante como accesorio. Preparando el viaje, el grupo ordenaba en distintas cajas las cosas para llevar y se cerraban y rotulaban con el nombre del pueblo y la sección adonde iban dirigidas.

Al momento de embalar la “Pleiyon”, como Bruno le decía, quiso ser equitativo con ese regalo tan importante y ordenó mandar la consola a Laprida, los juegos en CD a San Justo y el volante al pueblo de Puerta de Chávez. Los misioneros le decían que así repartido la consola no servía de nada y que las tres cosas debían ir a un solo lugar. Obsesionado en su infinita generosidad, Bruno ponía en cajas diferentes cada una de las partes del juego, sin entender y

enojándose con los chicos porque eran egoístas al elegir una sola comunidad y olvidar a las otras.

Al final, la “Pleiyon” llegó a su destino, completa, y ese año fue la gran novedad de la misión para esos chicos que esperaban a sus amigos de “la gran ciudad”. Esa vida que se acrecienta cuando se comparte con el hermano y que Bruno no se cansó de honrarla y entregarla.

(*) Marcelo Ganna es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 2003.

“Vamos a Once”

por Carmela de Carlo ()*

Todos sabemos que Bruno fue un experto en pedir donaciones. Todo era para disfrutar en comunidad, nada para él, convirtiendo a todos en protagonistas de los proyectos que llevaba adelante. Y utilizaba técnicas de persuasión magistrales.

Como esa vez en Adrogué, cuando estaba levantado la “Casa del Niño”. Se organizaban kermeses para recaudar fondos y necesitaban los premios para los juegos: “vamos a Once a pedir telas”. Los colaboradores desconfiábamos, no creíamos que los comerciantes, que eran todos de la religión judía, pudieran regalar algo para una obra católica, que íbamos a pasar vergüenza. Casi que nos reíamos de Bruno, pensábamos que estaba loco.

Bruno se vistió con el clériman, esa tira blanca que usan los sacerdotes en el cuello de la camisa y que él sólo la utilizaba en ocasiones especiales, se puso casi de

gala, y fuimos a pedir. Obvio que convenció a todos los dueños de los locales de que no importaba la religión para ayudar, que todos tenían que ser solidarios en nombre del mismo Dios, y volvimos con la camioneta repleta de telas, rollos y retazos para que las señoras de la Casa los conviertan en mantelitos, bolsas para el pan, servilletas, todo para ofrecer como premios en las kermeses.

Así era Bruno, el que sabía pedir con ese corazón enorme, el que siempre le encontraba la vuelta a todo, al que era imposible negarse a ayudar.

(* Carmela de Carlo fue colaboradora de Bruno desde los inicios de la “Casa del Niño” en Adrogué, Bs. As.

Los pibes y el ascensor

por el Prof. Raúl Rodríguez ()*

Siempre fue admirable la vitalidad del Padre Bruno.

La Congregación planifica todos los años el “Camjumita”, el Campamento de la Juventud Misionera Betharramita que se organiza generalmente en Rosario o en Buenos Aires y congrega a adolescentes y jóvenes de varias comunidades durante todo un fin de semana. Una de las veces que se realizaba en el Sagrado Corazón de Rosario, Bruno se encargó de poner en condiciones las aulas para recibir al Encuentro esa tarde y luego de terminadas las clases de la mañana pidió ayuda para vaciar unos salones del primer piso del Colegio y organizar allí los dormitorios destinados a que los participantes desplieguen sus colchonetas y bolsas de dormir.

Como el Colegio San Miguel Garicoits, situado al lado del Sagrado, a esa hora seguía con la extensión horaria para sus alumnos, convocó a los de sexto y séptimo grado.

Al llegar a la galería para acceder a los pisos superiores, los chicos descubrieron que allí había un ascensor y

todos querían subir por ahí. Menudo problema sería un grupo de 20 alumnos subiendo y bajando y peleando para ver quién subía primero y amontonándose en el pequeño ascensor del Colegio.

Allí estaba Bruno y los desafió: “¡Vamos por las escaleras, les juego una carrera!”.

Y todos se lanzaron a subir rápidamente, sorprendiéndose al ver cómo el cura también corría con ellos. Algunos no lo conocían y preguntaban quién era ese hombre que subía las escaleras a los saltos. Todo el trabajo se concretó fácilmente, los salones quedaron vacíos en poco tiempo y en minutos ya estaban listos los dormitorios para el encuentro.

Este simple hecho reafirmó una vez más la capacidad de liderazgo del P. Bruno. Se encontró con una situación peligrosa que había que resolver rápidamente y no lo solucionó gritando, con retos, amonestaciones, ni siquiera dando órdenes. Resolvió todo cambiando el enfoque del problema y alentando a jugar y ayudar. Con él también jugando y trabajando, mostrando una laboriosidad incansable que contagiaba, con la palabra y la acción como bandera. Siempre a par, eso era Bruno.

(* el Prof. Raúl Rodríguez es director del Colegio San Miguel Garicoits de Rosario desde 2008

Mis vivencias compartidas

por María Lourdes Ventura de Navone ()*

Al ser docente del Colegio Adoratrices de Rosario desde 1967, mis hijos iniciaron su escolaridad en el Colegio Sagrado Corazón. El mayor, Jorge Pablo Navone, comenzó la primaria y allí conocimos al Padre Bruno. Siempre vimos su entera disposición a las familias y su dedicación a los alumnos.

Cuando Jorge cursaba séptimo grado, él quiso seguir el secundario en una escuela técnica: quería ser ingeniero como su padre. El Padre Bruno trató de convencerlo para que continuara allí en el secundario ya que era excelente alumno y estaba en el colegio su hermano Esteban. A pesar de su insistencia, Jorge rindió y entró al Colegio San José, de los Salesianos. A pesar de ello y con mucho cariño nos hizo una Misa para despedirlo y desearle lo mejor en su nueva etapa.

Esteban ya estaba cursando en el colegio y se incorporó a participar del grupo Juvenil Betharramita, "la JUBE",

llegando a ser coordinador y luego también catequista del secundario.

En el año 1983, antes de comenzar el año escolar, me llama el Padre Bruno por teléfono y me dice que fuera hablar con un sacerdote de Empalme Graneros, el Padre Agustín Bullián, porque necesitaba una directora para su escuela y conociéndolo al Padre Bruno desde el Seminario consideraba que él lo podía ayudar para encontrar una. Me llamó rápidamente y me dijo "estás preparada para serlo, hace 15 años que ejercés la docencia en Adoratrices". Y allí fui. Gracias a sus consejos y su entera disposición cumplí 15 años más allí como directora.

Marcos, el más pequeño de mis hijos varones, ingresaba a primer grado cuando muere su padre. Esto nos golpeó muy fuerte como familia, yo solo tenía 45 años. Allí el Padre Bruno y el Padre Enrique nos acompañaron en todo momento y sobre todo fueron un sostén muy fuerte para ellos.

Un día, me vuelve a llamar el Padre Bruno y me dice "considero que ahora estás preparada para ser mi directora en el Colegio San Miguel Garicoits, te necesito acá". Nuevamente el "Aquí Estoy" de San Miguel me llevo allí para cumplir mi función. En ese momento mi esposo ya había fallecido y para mí y los cinco chicos era más cómodo trabajar cerca de casa, puesto que estábamos viviendo en Fábrica Militar.

Siempre sentí al Padre Bruno cerca de mi familia. Gracias a él y todo cuanto nos dejó, estoy orgullosa de la familia que formamos con cinco hijos y nueve nietos que son mis soles en el camino de la vida. De él aprendí a tener fortaleza para enfrentar las dificultades y seguir adelante con mi familia. Su vida fue un ejemplo para los jóvenes y adultos, y su dedicación betharramita fue sostén para las familias que compartimos con él la vida en el colegio.

Bruno nos dejó tanto, que lo seguimos extrañando.

(*) María Lourdes Ventura de Navone fue Directora del Colegio "San Miguel Garicoits" de Rosario entre los años 1997 y 2007.

“El gol del siglo”

por Flavio Giacomino (*)

Todos nos acordamos dónde estábamos cuando Maradona hizo “el gol del siglo” a los ingleses en el Mundial de Fútbol de México ´86. Los que lo vivimos, llevamos ese recuerdo imborrable toda la vida. El partido contra Inglaterra, en una etapa de eliminación, no era uno más. Con el recuerdo reciente del conflicto de Malvinas, para los argentinos el partido tenía mucho de revancha y la posibilidad de olvidar al menos por un rato esos fríos meses de guerra y muerte. Y hacía crecer la ilusión de salir campeones del mundo, dejando en el camino a una potencia y sería candidata al título.

Para muchos, ésto puede ser un hecho menor. Pero para un grupo de pibes de 17 años, cursando el quinto año de la secundaria, a punto de vivir en semanas su viaje de egresados a Bariloche, apasionados por el fútbol que jugaban juntos desde siempre en el patio del colegio, mirar juntos Argentina – Inglaterra fue una experiencia única. Más si al partido lo vieron en Santa Rosa de Calamuchita, en la Casa del Encuentro del

Sagrado donde compartimos tantos viajes, y que esa vez nos encontró a todos juntos cantando, sufriendo y alentando frente a un humilde televisor. Y mucho más si el que estaba al lado nuestro compartiendo el momento era el Padre Bruno, gran futbolero como nosotros y ferviente hincha de Boca.

Con la alegría de la finalización del partido, teníamos ganas de abrazar a todo el mundo, a nuestras familias, imaginando a la ciudad que salía a la calle a festejar y brindar. Pero estábamos solos en el medio de las sierras, en nuestra Casa del Colegio.

Un grupo de amigos de toda la vida junto a su gran amigo en común: el padre Bruno, que festejó “el gol del siglo” con la misma pasión que nosotros, con la misma pasión con que vivía y ponía el cuerpo en todo lo que hacía. Con esa pasión contagiosa y admirable que a veces emocionaba, como ese partido de Argentina que compartimos con nuestro gran amigo Bruno.

(*) Flavio Giacomino es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 1986

La sorpresa de Calamuchita

por Gustavo Diaz (*)

Muchas veces Bruno se manifestó como un verdadero regalo de Dios.

En un tiempo, algunos cursos de la primaria organizaban un viaje a la casa de Santa Rosa de Calamuchita donde viajaban solo los padres con sus hijos varones durante un fin de semana. Los papás coordinaban las compras, las comidas, los paseos, la limpieza y los chicos se ocupaban de jugar y compartir, consolidando sus vínculos.

Uno de esos encuentros estaba saliendo todo según lo programado, la relación con los chicos y la convivencia eran excelentes, pero faltaba un momento espiritual. En esos viajes también se vivía una linda relación con Dios, encontrándolo en la naturaleza y en el compartir, pero hacía falta alabarlo y rezar en comunidad.

Una tarde, estábamos pensando en viajar al pueblo para buscar un sacerdote y en ese momento, entre las cabañas, apareció Bruno que llegaba de viaje. Nos miramos unos a otros, sabiendo que era un regalo de Dios para nosotros. Nunca se supo si él sabía de esa

convivencia o fue de casualidad, porque era común que viajara a la Casa para supervisar las obras que se hacían en el predio, aunque sea por dos días.

Ese día pudimos celebrar la Misa en la capilla, pequeña y acogedora, donde no había forma de distraerse, con esos chicos y sus padres sentados en semicírculo alrededor del altar, alrededor de Bruno.

Y él, que conocía profundamente a cada niño y también nos conocía a sus papás, pudo officiar una misa espléndida, regalando un encuentro espiritual que se disfrutó en familia. Todos atentos, el cura nos hablaba a cada uno de nosotros, casi en intimidad. Así, algunos que éramos exalumnos del colegio, pudimos redescubrir a Bruno en otra etapa de nuestra vida.

Ese era el Padre Bruno, así lo recordamos. Cuando éramos adolescentes, como Rector fue el sacerdote que con su sola presencia imponía el mayor de los respetos y a la vez era cálido y cercano. Años más tarde, en nuestra etapa adulta, se convirtió en el cura que, conociendo a nuestros hijos, nos acompañó y guió en nuestro camino de paternidad.

(*) Gustavo Díaz es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 1983

Cosas que pasan en una Misión

por Marcelo Ganna ()*

En una de las misiones a Santiago del Estero, el grupo se instaló en la localidad de Villa La Punta. El P. Bruno se alojó en la casa donde vivía el P. Sergio y los misioneros nos instalamos en una casa a 800 metros de allí, subiendo un cerro. Siempre en las misiones hay un responsable de manejar la camioneta con la que se movía el grupo. Ese año era yo.

Todos los días me encargaba de tenerla en condiciones, con el tanque lleno, lista para subir a los chicos, los docentes, cargarla con todo lo que habían llevado para hacer las actividades, pasar a buscar a Bruno y seguir viaje por la ruta hasta la escuela donde misionábamos, que ese año era en Laprida, una localidad cercana.

Un día al empezar la jornada, después de desayunar, ayudamos a subir todo a la camioneta y emprendí viaje. Una hora de ruta y llegamos a destino. Entre todos bajaron las cosas, empezamos a coordinar las tareas con los otros docentes y de repente me dí cuenta que me olvidé de buscar a Bruno!

La comunicación por celular no era tan eficiente ni instantánea, la única solución era volver a buscarlo lo más rápido posible, pensando sólo en el enojo de Bruno, en cómo pedir disculpas, en cómo explicar el descuido y la falta de responsabilidad que fue evidente esa mañana. Me sentía el peor misionero del mundo. A toda marcha llegué a la casa del cura y ahí lo ví, sentadito en la puerta, esperando.

Muy lejos de los retos o de la indignación, Bruno me miró bondadosamente como siempre y me preguntó “te olvidaste ¿no?, te perdono”. Y me dijo algo que siempre recuerdo: “mientras nunca te olvides de tus compañeros docentes, pero principalmente de alguno de los chicos, de mí te podés olvidar”.

Así era Bruno, un espíritu generoso que siempre pensaba en los otros, dejando de lado sus propias necesidades y mostrando con su vida la pureza de la sencillez y la humildad.

(*) Marcelo Ganna es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 2003.

La sencillez de Bruno

por Daniela Brozzo ()*

La vida de Bruno estuvo llena de pequeños gestos, profundos y sencillos, muy difíciles de olvidar para los que tuvieron la gracia de vivirlos. Cada acción de Bruno se impregnaba de un amor genuino, que trascendía las palabras y se manifestaba en su disposición a estar presente en la vida de los demás. Estos gestos se repitieron, una y otra vez. Como con esa mamá del Colegio, con tres hijos: dos en la primaria y uno de solo 2 años de edad, quien tuvo que ser intervenido quirúrgicamente.

Ese día en el sanatorio, en la habitación, esperando a algún médico que pase a revisar, apareció el padre Bruno. Solo. Nadie lo esperaba ni nadie de la familia le contó que ahí estaba esa mamá con su hijo, que todavía no era alumno de colegio, era solo un hermanito. Pero Bruno, con su intuición y su conexión con la comunidad, se enteró y se acercó a esa mamá sorprendida en un momento de temor e incertidumbre.

Para estar, para acompañar, para rezar. Dando su palabra de aliento y de esperanza. Ofreciendo su presencia, también en nombre del Colegio, que acompaña el camino de las familias en sus alegrías y en sus horas más difíciles.

No solo se trató de una visita; fue un acto de amor y solidaridad de Bruno, como tantas veces lo hizo, que una vez más llevó el mensaje del Cielo que dice “tranquila, todo va a estar bien”.

Esa mamá era yo. Como delegada de curso de uno de mis hijos durante tantos años, pude compartir con el Padre Bruno momentos maravillosos. Tengo cientos de anécdotas con él, muchas muy graciosas, pero siempre me viene primero a la memoria este relato, porque esa visita inesperada quedó grabada a fuego en mi corazón.

(*) Daniela Brozzo es mamá de Agustín, Mariano e Ignacio Picardi, exalumnos del Colegio Sagrado Corazón de Rosario

El empuje de Bruno

por Noemí Alicia Ponte (*)

Entré al Grupo de Teatro Corazón cuando mi nieto tenía 4 años y era alumno de Jardín del Sagrado. Hoy, al momento de escribir este texto, tiene 31.

El Padre Bruno comenzó a verme transitar por la escuela a menudo. Con el tiempo dejé de actuar, pero comencé a escribir y dirigir las obritas de teatro.

El Padre solía venir un ratito a ver las representaciones, nos felicitaba y volvía a sus actividades. Siempre colaboró con el grupo, facilitándonos todo lo que estaba a su alcance para las escenografías.

Un día, luego de un sketch que hicimos para el recibimiento a los padres nuevos que ingresaban ese año, yo había decidido dejar la dirección del grupo, porque mi condición física así me lo pedía. No sé si el Padre lo adivinó o imaginó pero, luego de aplaudir muy entusiasta la breve representación, me dijo: "Abuela, nunca abandone su actividad en el Colegio, es invalorable". Esas palabras me dieron tanta energía, que continué muchos años más.

(*) Noemí Alicia Ponte es Asesora del Grupo de Teatro Corazón, del Colegio Sagrado Corazón de Rosario.

Bruno en los momentos de dolor

por Mauro Necchi ()*

Una de las virtudes que siempre le reconocieron al Padre Bruno fue su capacidad de contención, de tener las palabras justas en el momento indicado. Con una sola frase, él sabía abrir los ojos a quien se acercaba con un problema o con algún dolor en el alma. Como conmigo, exalumno, a dos años de graduarme en el Sagrado, cuando la realidad me chocó en lo más profundo, la muerte de mi padre.

Mi papá era muy querido en el colegio, le gustaba colaborar, estar siempre presente en todas las actividades y así se hicieron muy amigos de la vida de Bruno quien solía venir a cenar a casa como lo hacía con otras familias amigas.

Bruno llegó al velatorio, lleno de gente y me encontró a mí con solo 19 años, único hijo, desconsolado, llorando y maldiciendo a la vida a los gritos, sin entender cómo podía morir la gente buena y no se iban los malos, los

que realmente se merecían la muerte. Bruno me agarró del brazo y me llevó abrazado a una sala vacía, nos sentamos y casi zamarreándome tratando de calmarme me dijo algo que jamás podré olvidar: “Todos los malos que se mueren van al infierno, por eso el cielo está vacío, salvo cuando va gente como tu papá. Quedate tranquilo y acordate que a partir de ahora nunca te va a faltar nada, tenés un ángel que te está cuidando”. Fue una caricia al alma que me sacudió enormemente, a mí, un pibe que se quedó solo con su madre, en una época que la vida nos daba la espalda.

Es increíble cómo un momento se queda grabado en la mente y el corazón para siempre y éste es uno de ellos. Algo simple, sencillo, una frase que cualquiera me la hubiera dicho, pero no, me la dijo Bruno, el amigo de mi papá. Mi amigo Bruno.

(*) Mauro Necchi es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 1988

Los campamentos en Bariloche

por Norberto Andaluz ()*

La experiencia de los campamentos que promovía el P. Bruno fue una etapa maravillosa en la vida de tantos adolescentes y jóvenes que cursamos en el Colegio Sagrado Corazón de Rosario. Y que marcaron nuestra vida para siempre. Convivencia, recreación y contacto con la naturaleza se combinaban para vivir unos días espléndidos, siempre en el mes de enero.

Yo empecé a participar desde el segundo viaje que organizó Bruno, inicialmente se realizaban en un lugar que se llama “Servicio Argentino de Campamento” en Bariloche, al pie del Cerro López, donde había sido la primera convivencia, pero la convocatoria fue un éxito, todos querían viajar y en ese lugar se congregaban acampantes de todo el país, entonces el P. Bruno consiguió por medio de la Congregación que nos prestaran la casa de Villa Mascardi, ubicada al lado del Lago Mascardi, donde inicia el camino para el Cerro Tronador, que era propiedad del Colegio San José de Bs. As. Era el lugar perfecto y resultaba muy cómodo porque estábamos solo nosotros y no teníamos que compartir instalaciones con nadie más. Si mal no recuerdo fue en el año 1985.

Eran unas convivencias maravillosas, necesitábamos poner carpas en el predio porque las camas no alcanzaban para todos. Imaginen el paisaje, la cabaña al lado del lago separado solo por la ruta. Como en ese lugar no había playa, cuando queríamos ir al agua nos trasladaban en el colectivo en el que habíamos viajado.

Y no sólo eran vacaciones o esparcimiento: sin ser muy pesado con la liturgia, el viaje inculcaba valores cristianos a través de todas las experiencias que se vivían: las caminatas a la montaña, el servicio constante en ayudar al otro, el trabajo en la cocina, ayudando con las compras y a los maestros de gimnasia y de música que eran los encargados de las comidas, donde también trabajaba el mismo Bruno que a veces llevaba al hermano y a un sobrino para colaborar.

Era un viaje muy especial para todos nosotros. Todo mundo lo disfrutaba mucho y por eso todos queríamos volver al año siguiente. En época de clases se contagiaba ese entusiasmo a los demás compañeros de curso y así se sumaban más y más alumnos, año tras año.

Tanto nos marcó a cada uno, que después de que terminamos quinto año, con otros compañeros de mi graduación como Andrés Elizalde, Germán Bosco, Esteban Nannini y Roberto Bricco fuimos a recrear un poco esos viajes por la Patagonia y vivir de nuevo todo eso que compartimos en nuestra época del secundario.

Pasó el tiempo y fue muy doloroso enterarse que en 2019 esas cabañas fueron quemadas intencionalmente. La prensa hablaba que lo hicieron integrantes de una comunidad mapuche que mantenía ocupado ilegalmente un predio a unos 100 metros de allí. Mucho dolor por lo hermoso que vivimos en ese lugar, experiencias que nunca nadie había tenido, todo lo vivido con Bruno, con mis amigos, en comunidad. Esos viajes te hacían crecer, aprendías a ser más independiente, mejorar tu actitud de servicio, estar pendiente de los otros, brindar tu servicio a los demás. A esa edad disfrutabas y aprendías a vivir en sociedad, por eso muchas de las cosas que hacíamos de alguna manera te preparaban para la vida, inculcándote a la vez valores cristianos.

Los campamentos en Mascardi fueron un regalo de Dios. Centenares de chicos y jóvenes pudieron vivirla y se llevaron recuerdos imborrables, que aún hoy resuenan y son puntos de unión entre diferentes generaciones. Y todo gracias al querido Padre Bruno.

(*) Norberto Andaluz es exalumno del Colegio Sagrado Corazón de Rosario, promoción 1986

Bruno y Papá Noel

por Marina Ricart (*)

Esta historia me la contó una maestra del Jardín hace mucho tiempo y que pasó hace más tiempo todavía. El padre Bruno tenía lo que se puede llamar una obsesión: no quería que las maestras del Nivel Inicial le hablen de Papá Noel a los chicos. Y que en el Jardín no haya nada alusivo como gorros rojos, barbas blancas, ni hablar de que alguien se vistiera de Santa Claus y reparta regalos, como algunos padres proponían hacerlo.

Bruno siempre insistía en que se profundice el hecho del nacimiento de Jesús, la historia del pesebre, pero nunca hablar de Papá Noel.

Era notorio cómo cuando iniciaba noviembre, Bruno se acercaba al Jardín y como un secreto a cada maestra que se cruzaba, le recordaba que la prioridad es el Niñito Dios, que motiven para que en cada casa haya un pesebre y que los chicos vivan esa época linda para pasar en familia, esperando Navidad, pero de Papá Noel, ni una palabra.

Las profes le contestaban que los chicos hablan de eso, que la realidad en todas las familias era que se escribían cartitas, que los nenes lo esperaban en

Nochebuena, pero él estaba empeinado: “¡Que no se toque el tema, siempre hablen sobre el Niño Jesús!”

Pero un día pasó lo que tenía que pasar:

En una celebración de fin de año, cuando todos los niños estaban reunidos en la Capilla escuchando la bendición del padre Bruno y su reflexión sobre la Navidad, preguntó al grupo cómo estaban viviendo ese tiempo. Un pequeño levantó la mano y dijo entusiasmado “Yo estoy esperando que terminen las clases para que Papá Noel me traiga muchos regalos”.

En un segundo, a nuestro querido sacerdote le cambió la expresión de felicidad de su rostro. “¡Ese gordo no existe!” dijo entre dientes, quienes estaban cerca pudieron escucharlo y entender lo que decía.

El padre Bruno, cual Quijote, siempre luchó y luchó para que no se pierda el verdadero sentido de la Navidad, una festividad que es mucho más que una estrategia de marketing.

(*) Marina Ricart es maestra del Nivel Inicial del Colegio Sagrado Corazón de Rosario desde 2006

Problemas en Calamuchita

por Luis Moreno ()*

¿Querés que te cuente quién fue el Padre Bruno?

Yo te lo voy a decir con algo muy simple, porque “para muestra, basta un botón”.

Estábamos en la casa de Santa Rosa de Calamuchita, en un viaje con cursos del secundario. La convivencia venía hermosa, unos días espléndidos. Y en un momento, se tapa el baño que está enfrente de las cabañas, se tapa la cloaca.

¿Vos creés que Bruno llamó a un plomero, a un albañil, que programó el arreglo con algún jefe de mantenimiento para unos días más tarde, que suspendió el viaje? Se puso unos guantes, agarró el pico y la pala y empezó a cavar para poder destapar el caño. Los pibes lo miraban y no lo podían creer, no entendían nada. Para ellos el sacerdote era alguien que da la Misa, que habla de Dios, que da la comunión. Pero Bruno estaba ahí cavando la tierra, transpirando, sacando toda esa porquería del caño.

En su lugar, en Calamuchita, para que la convivencia continúe, para que nada se detenga, solucionando problemas al instante porque ese campamento debía continuar y a los pocos días llegaría otro contingente y la casa recibiría más alumnos, más docentes y familias para seguir haciendo comunidad, para seguir fomentando vínculos y compartir la vida.

Ese era Bruno, una persona tenaz, detallista, donde las cosas no tenían que salir bien, tenían que salir ¡muy! bien, siempre dando un ejemplo positivo, dedicándose al máximo en lo que hacía. Toda la vida “a corazón abierto”, como decía un lema del Colegio de hace algunos años que siempre recuerdo y llevo conmigo, como el recuerdo del gran Padre Bruno.

Y me emociona porque para mí, el Padre Bruno fue la vida.

¡Siempre adelante! ¡Siempre con el Sagrado Corazón!

(*) Luis Moreno fue docente de educación física en los colegios San Miguel Garicoits y Sagrado Corazón de Rosario desde 1978 al 2018.

Te invitamos a participar en la construcción de este proyecto para seguir recordando al Padre Bruno.

Si quieres sumar anécdotas, corregir, ampliar o mejorar los relatos, te agradecemos lo hagas al mail:

historias@padrebruno.com.ar

Anexo 1

El Padre Bruno y su historia en el Colegio San José de Buenos Aires

**Por
Héctor Mario Vigil**

Mi historia con el Padre Bruno comenzó en los salones de la Primaria del Colegio San José de Buenos Aires, cuando yo era apenas un niño y él nos preparaba para recibir nuestra Primera Comunión. Luego nos volvimos a encontrar en el Secundario como profesor de Catequesis en tercer año, y allí Bruno junto al Padre Francisco “Paco” Daleoso iniciaron con nosotros un proyecto pastoral que era distinto a los de los otros colegios católicos. En ese tiempo la catequesis era muy teórica, con el famoso libro de preguntas y respuestas, con lecciones, dictados, con el aprendizaje de memoria. Ellos empezaron a trabajar una pastoral vivencial, organizando encuentros, campamentos, salidas, jornadas de reflexión y retiros espirituales.

En nuestra realidad adolescente, Bruno y Paco nos contuvieron, hablábamos mucho, compartíamos nuestra vida, eran nuestros referentes dentro de una iglesia que estaba en un clima de apertura, post Concilio.

Eran los inicios de la década del setenta, el contexto general del país presentaba una creciente conflictividad social y las manifestaciones de violencia comenzaban a hacerse visibles. Algunos sacerdotes

jóvenes de la Congregación se vincularon con el movimiento de los “curas del Tercer Mundo”, evidenciando un compromiso social y político para trabajar en el territorio. Esto generaba algunas tensiones dentro de la comunidad religiosa: por ejemplo, mientras los más jóvenes adoptaban una vestimenta informal, sin el clériman, los sacerdotes mayores mantenían el uso tradicional de la sotana.

El Padre Jorge Murias, rector del colegio, había llevado a un grupo de exalumnos a misionar a la Villa de Retiro, colaborando con el trabajo que impulsaba el Padre Carlos Mujica, referente de esa época intensa en lo social y lo político. Cuando se nos propuso sumarnos, Bruno y Paco, con su mirada siempre prudente y pastoral, nos reúne y nos invita a vivir una experiencia de misión pero en el barrio de Adrogué, donde está la Casa de Formación de la Congregación, para realizar un trabajo de servicio, alejados del clima de tensión que se vivía en Retiro.

En Adrogué conformamos un grupo misionero fantástico, íbamos los sábados a visitar a las familias del barrio, conocerlos, compartir un rato. Allí se inició la construcción de la Casa del Niño, y nosotros ayudamos levantando paredes, armando piezas, organizando las kermeses, fiestas, choripaneadas, -¡qué delicia eran los chorizos a la pomarola que cocinaba Pascual, el hermano de Bruno!- todo para conseguir

fondos para una obra que dio mucho fruto, el primer gran sueño de Bruno que hoy a más de 50 años sigue en pie, más vivo que nunca.

Al mismo tiempo, en el Colegio funcionaba un Centro de Estudiantes, donde yo era delegado de curso. Bruno nos reunió un día a todos en el salón de actos y nos dijo «muchachos, ustedes no lo van a entender, seguro se van a enojar, pero a partir de hoy no existe más el Centro de Estudiantes». Fue un momento complicado, no entendíamos nada, estábamos furiosos, pero su decisión fue implacable: hasta se quemaron los libros de actas que se escribían en las reuniones del Centro. Obviamente al tiempo comprendimos que el que sí entendía todo era Bruno, era octubre de 1975 y Bruno nos estaba protegiendo, siempre adelantado a todo.

Tan adelantado era, que en ese tiempo había instaurado la materia “Educación Sexual” en el Colegio, algo que para la época era impensado, casi prohibido, no solo en la iglesia sino en cualquier escuela. Y esto causó un increíble revuelo en las madres, todas espantadas, que en el horario de entrada al colegio y en el bar de la esquina se preguntaban «¿este cura qué se piensa?», «¿cómo le van a hablar a los chicos de sexo?». Todos reprochaban pero nadie iba a hablar con Bruno para pedir alguna explicación. La que se animó fue mi madre, lo

buscó en el Colegio, le preguntó y Bruno le mostró una carpeta con todo un plan detallado de educación sexual para adolescentes, que no recuerdo de dónde lo había conseguido. Mi madre lo felicitó y le pidió que se lo muestre a todos los padres porque estaban hablando pestes, a lo que Bruno le responde «estaba esperando que alguien venga a preguntarme». Bruno prefería la frontalidad. Siempre nos decía «con la verdad y de frente».

Y aunque parezca tonto, eso nos marcó a todos, incluso a algunos compañeros míos que de adultos se alejaban de Dios, siempre van a reconocer que los valores y el humanismo cristiano que nos enseñó Bruno lo llevan toda la vida. “Con la verdad y de frente, se llega a todos lados”. Él nos enseñó eso, y con el ejemplo. Bruno pensaba con las manos, pensaba haciendo. No se quedaba en las ideas, las transformaba en acción. Podía equivocarse, claro, pero nunca se escondía detrás de los errores. Si algo salía mal, estaba ahí, al lado tuyo, poniendo el hombro y la cara. Por eso era un referente, porque acompañaba con hechos. Aunque tuviera mil cosas pendientes, encontraba siempre un momento para interesarse por lo que te pasaba, cuidando cada vínculo, cada detalle, sabiendo que cada pequeño gesto era parte de su misión.

Con los años, estudié y me recibí de profesor de historia. Así ingresé al plantel docente del Colegio. Bruno asume como Director General y mi camino de alumno, misionero, delegado, exalumno, además de Coordinador de Deportes algunos años y luego docente, fue “coronado” por él cuando me ofreció la Rectoría del Secundario. Sabiendo que otros sacerdotes no me querían, él apostó conmigo. Yo tenía 35 años. Fue el tiempo que en la Congregación se empezó a hablar de los problemas del colegio y su posible cierre. Porque desde el año 1993, el Colegio empezó a perder alumnos y los números no daban, la economía estaba tambaleando y Bruno, en ese momento Superior Provincial de la Congregación, se puso al frente para buscar la forma de sostenerlo.

A mi entender, el conflicto en el Colegio surgió por dos malas decisiones que se tomaron. El primer hecho fue a principios de los años ´80, cuando el Padre Murias ordenó el cierre del Comercial en el secundario y muchos alumnos de primaria abandonaban el colegio para ir a otra escuela al secundario. Unos años más adelante, a fines de 1990, el colegio, que incluso sin el Comercial tenía muy buen número de alumnos y estaba muy bien económicamente, evaluaron que no era más necesaria la subvención del Estado y lo rechazan, apelando un poco a cuestiones administrativas, y otro tanto a

poder aumentar el monto de las cuotas para ampliar los servicios educativos. Pero la realidad hizo trizas esta idea: en el país estallaba la hiperinflación, y los alumnos se iban. Fue quizás el primer paso hacia la adversidad, en tres años se pasó de tener de mil trescientos alumnos a ochocientos.

Bruno buscó alternativas para generar ingresos, intentó convocar y entusiasmar a los exalumnos pero no obtuvo respuesta. Intentó cambiar la portería de lugar para dejar libre una calle que estaba muerta para construir locales, pero en un momento la debacle era inevitable. Llega el año 1998, había un rumor constante de cierre, los padres, escandalizados, hablaban de negociados inmobiliarios para construir un shopping, los docentes y directivos estábamos luchando contra todos esos rumores, hasta que un día Bruno nos reúne y nos avisa la decisión de cerrar el colegio, que era una orden que venía de Italia, de la Congregación. El Superior General era el padre Francesco Radaelli. Nosotros queríamos convencer a Bruno de que era una locura, que había que buscar la forma de salvar al San José, pero parecía inflexible, “orden de arriba”.

En ese momento nombraron al P. Ignacio Gogorza como Obispo en Paraguay. Para su ordenación estaban organizando las celebraciones y sabíamos que

Radaelli iba a asistir. El subdirector general me dice “¿te animás a viajar para hablar con el Superior?” Ni lo pensé, sacamos los pasajes y viajamos. En Ezeiza nos encontramos con el Ecónomo Provincial de la Congregación y con el arquitecto que llevaba el proyecto de la remodelación del edificio para desguazarlo. Los cuatro nos dimos cuenta para qué viajábamos a Paraguay.

Llegamos, Radaelli nos recibió, le explicamos nuestra postura, le decíamos que cerrar el Colegio era un error, que nosotros además de directivos éramos exalumnos y había un sentimiento de pertenencia muy grande y que no íbamos a aceptar graciosamente el cierre, íbamos a pelearlo. Él nos responde que ya había cerrado colegios en Europa, que este era uno más, pero le explicamos que íbamos a defenderlo con toda una comunidad y que podría haber un escándalo mediático en la sociedad si continuaban con la idea del cierre.

Llegó el día y Bruno tuvo que poner la cara para anunciar la decisión final del cierre ante todo el colegio. Fue el 14 de julio de 1998. A la mañana lo anunció en reunión de profesores, muchos de ellos exalumnos, en donde se armó un pequeño escándalo, y a la tarde se convocó a toda la comunidad para anunciarlo como una “decisión irrevocable”. El conflicto había empezado, los medios de comuni-

cación estaban encima, ya era una noticia que impactaba en los medios y Bruno, que no tenía problema en ir al frente con todos, dijo a los periodistas que el colegio “tenía una deuda” o “había perdido” dos millones y medio de dólares. Un dato que para mí era erróneo, porque ese era el dinero que se perdió por todos los alumnos que se habían ido del Colegio. Pero el Diario Clarín publicó eso y el periodismo dejó por sentado que “El Colegio San José había quebrado”. “Hemos buscado todas las variantes, vendimos tierras que pertenecían a la congregación, recibimos ayuda, pedimos créditos, pero no podemos mantener el colegio”, manifestaba Bruno por los medios, que describían así cómo culminó esa reunión: “El encuentro terminó con el rezo del Padre Nuestro, pacíficamente encabezado por Ierullo -que antes había sido recriminado por varios asistentes- seguido por todos, y con el canto del himno del colegio”.

Yo doy fe que Bruno era uno de los muy pocos sacerdotes que no querían el cierre. Él, que nos había formado para defender la verdad e ir de frente ante la vida, nos daba la peor noticia de la que no estaba de acuerdo. Pero Bruno fué tajante: «Yo tengo que hacer lo que me pide la Congregación, hice mi voto de obediencia».

A partir de allí, toda la comunidad empezó a movilizarse. El tema se instaló rápidamente en los medios porque había terminado el Mundial de fútbol y no había más temas para hablar. Se organizaron asambleas, reuniones de padres, encuentros con ex-alumnos y directivos. Bruno hizo un trabajo enorme yendo de reunión en reunión, recopilando ideas y proyectos, reuniéndose con el arzobispo de la ciudad, en ese tiempo el Cardenal Bergoglio, para encontrar una solución. Las mesas del bar “Costa Verde”, de la esquina del Colegio, fueron testigos de acaloradas reuniones para organizar todo el trabajo bajo el lema “El Sanjo sigue vivo”.

En esos días nos llaman de la Secretaría de Educación de la ciudad de Buenos Aires, porque yo había presentado apenas asumí como Rector una petición para que nos devuelvan el subsidio. Hubo una reunión que iba a ser con el intendente De la Rúa, a la que asistimos con Bruno y el P. Agin, pero fue Ostuna, un secretario del gobierno, y el Encargado de Obras y Servicios Públicos de la Ciudad que nos dice “no conozco el colegio, pero imagino que debe tener un Salón de Actos hermoso, unos patios bellísimos, aulas que dan al patio, una capilla... ¿saben qué lindo Palacio Municipal construimos si lo expropiamos?”. Cuando salimos de la reunión, realmente estábamos muy asustados.

Pero gracias a Dios nos llega el comentario que el gobierno de De la Rúa iba a dar al colegio un aporte extraordinario de un millón de dólares. Nos reunimos, hablamos, y al día siguiente Bergoglio nos comunica que si la Congregación dejaba el colegio, el Arzobispado se hacía cargo. Frente a esta decisión, el Gobierno responde que entonces no ponía un peso. Se renuevan las conversaciones y De la Rúa envía al colegio una comisión de la Legislatura para conocerlo, porque lo querían declarar “área de protección histórica”. Estábamos recorriéndolo y en ese momento llega alguien con la noticia de que el presidente Menem acababa de firmar un decreto de declaración del colegio como “monumento histórico nacional”, que no aportaba dinero pero lo protegía de potenciales demoliciones.

Las reuniones continuaban y entre los proyectos presentadas para garantizar el salvataje económico figuraban la reimplantación del subsidio estatal, el alquiler de un sector del edificio para cursos de capacitación, la extensión de la educación mixta, contribuciones de padres, docentes y ex alumnos, rifas y colocación de carteles de publicidad en el campo de deportes que tiene el colegio en la localidad de Martín Coronado.

Nadie había bajado los brazos. Ni los docentes que siguieron entrando al aula con la misma pasión de

siempre, ni los alumnos que organizaron campañas, ni los padres que se reunían noche tras noche buscando soluciones, ni los exalumnos que desde distintos rincones del país enviaban su apoyo. Fue una marea silenciosa de voluntades que, unidas, lograron lo imposible.

Al final, el 8 de agosto, los medios publicaban la mejor noticia: “El San José no cierra, se haría cargo el Arzobispado ante la preocupación expresa del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Jorge Bergoglio, que se ofreció a garantizar la continuidad del colegio”.

El colegio finalmente se había salvado luego de semanas de confusión y desvelo. El Colegio San José de Buenos Aires, el que trajo desde Francia su tradición de educación y formación integral, el que inspiró a Bartolomé Mitre en 1863 para crear los colegios nacionales surgidos en su presidencia, el primer instituto privado incorporado a la enseñanza oficial obligatoria en 1880, el que cobijó en sus aulas a Hipólito Yrigoyen, Ricardo Balbín, Enrique Mosconi, Luis María Drago, Felix Luna entre tantos otros alumnos destacados, no solo permanecía abierto sino que renacía con la convicción de que su misión seguía viva. Con la fuerza de una comunidad que se reconoció parte de una misma historia y decidió

cuidarla. Frente a una orden que llegó desde Europa, nadie había claudicado.

Ese fin de año termina el mandato de Bruno como Superior Provincial y asume el P. Gaspar Fernández Pérez. Pero para mucha gente del colegio Bruno quedó pegado con la idea del cierre, para muchos era mala palabra y a mí se me partía el alma. Bruno no podía venir al San José. En esta historia la única verdad es que él puso la cara por lo que mandaba la Congregación. Y le produjo una enorme tristeza.

Con la noticia del salvataje, hacíamos las cuentas para saber cuántos alumnos se necesitaban para equilibrar la economía, el número era 439 y empezamos el ciclo lectivo con 468 alumnos. El colegio no daba los déficits que daba antes pero para esto hubo que hacer un ajuste de gastos y de personal que no fue grato para nadie, aquí fue fundamental el acompañamiento de los docentes y todo el personal que continuó trabajando, pero con un gran esfuerzo económico, y los padres que alguna vez pagaban una cuota extra.

Y se sumaron muchas acciones que nos ayudaron a solventar nuevamente el colegio además de la cons-

trucción de locales comerciales sobre una de las calles. Por ejemplo, vino un día un fotógrafo a sacar fotos del edificio, las publicó en un book, se difundió, y a partir de allí nos contrataban agencias de publicidad para alquilar las instalaciones y filmar comerciales. También se ganó una funcionalidad al colegio para realizar convenciones, charlas y eventos, fundamentalmente en el salón de actos. A la vez, iniciamos un convenio de colaboración con la cátedra de Restauración de la Universidad Torcuato Di Tella para que sus alumnos realicen sus prácticas poniendo a nuevo todo lo que pudieron, gracias a un aporte económico de la nieta de un exalumno, que fue un proyecto que puso en valor al Colegio. Gran parte de lo que se pudo lograr fué mérito de Jorge Martínez Vivot, exalumno y actual Administrador del Colegio, que siempre trabajó y sigue trabajando a favor del “Sanjo” con un compromiso envidiable.

Cuando repaso esta historia, buscando una explicación, siempre pienso en una teoría muy particular, muy personal, que nunca tuve cómo comprobarla. Los directivos sabemos que para cerrar un colegio, por reglamento basta con notificar al Ministerio de Educación durante el mes de febrero de cada año. Pero Bruno lo anunció a mitad de año, para mí con el objetivo de crear un caos y poder movilizar a la comunidad. Nunca le pregunté, pero es lo que yo creo desde siempre.

Con Bruno seguíamos cruzándonos en las reuniones de directivos y sacerdotes donde se organizaba la pastoral educativa de la congregación. Nunca dejamos de estar en contacto. Ya estaba muy enfermo cuando coincidimos en una reunión en Pilar. Lo vi llegar despacio, con esa serenidad que uno solo alcanza cuando ha hecho todo lo que debía hacer. Ese día, cuando hablamos, con esa mirada y su dificultad para hablar, entendí que Bruno estaba viendo venir la muerte con la misma claridad con la que había vivido: de frente, sin temores, con fe. Se despidió de mí pidiéndome perdón. Fue un momento muy fuerte, de esos que te quedan grabados para siempre. Yo le respondí «no me tenés que pedir perdón, mi cariño por vos no se negocia».

Sentí que se alivió, como si hubiera soltado un peso que llevaba en el alma. Sé que murió con esa pena de haberse sentido responsable del cierre del colegio, pero también sé —lo sé de verdad— que en el fondo de su corazón nos protegió a todos los que no queríamos que el Sanjo cerrara. Nos cuidó, nos acompañó, nos avaló desde el lugar donde siempre supo estar, al lado nuestro. Y por eso, por su entrega silenciosa, por su manera de amar con hechos más que con palabras, le estaré eternamente agradecido.

Gracias, querido Padre Bruno, por haber sido guía, amigo y testigo del amor de Dios. Tu vida fue, y seguirá siendo, una semilla de luz en todos los que tuvimos la dicha y la bendición de compartir tu camino, sabiendo que con la verdad y de frente, se llega a todos lados.

Tu amigo Héctor.